

Simón Escoffier, *Mobilizing at the Urban Margins: Citizenship and Patronage Politics in Post-Dictatorial Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, 250 pp.

Por Anjuli Fahlberg*

Latinoamérica tiene una larga historia de movimientos sociales. Si bien la organización política y social ha sido un rasgo característico de las sociedades latinoamericanas durante varios siglos, esta tuvo un auge en la región durante las décadas de 1980 y 1990, cuando los regímenes autocráticos dieron paso a líderes elegidos por la vía democrática, así como a constituciones y políticas públicas más progresistas. La apertura democrática creó oportunidades significativas para que la gente pudiera movilizarse y luchar por sus derechos laborales, de género, raciales, territoriales, de vivienda, etc. Sin embargo, los habitantes urbanos que vivían en contextos de pobreza y segregación siguieron enfrentándose a muchos retos. La mezcla de exclusión socioeconómica, corrupción y clientelismo político, violencia de pandillas y discriminación racial impuso muchas barreras a los habitantes urbanos desfavorecidos para organizarse políticamente. En consecuencia, la apertura política no siempre resultó en una mayor movilización social. Mientras que algunos habitantes urbanos han desarrollado extensos repertorios de acción colectiva y fuertes redes de movilización, lo que los conecta con otras comunidades y con los movimientos urbanos tradicionales, otros no lo han conseguido. Dados estos retos únicos y los resultados tan variados, es cada vez más importante entender las estrategias que usan los activistas que se enfrentan a múltiples capas de exclusión para exigir sus derechos y dirigir acciones colectivas para mejorar su barrio y su país.

El libro de Simón Escoffier *Mobilizing at the Urban Margins* hace precisamente eso a través de un análisis crítico de cómo los habitantes urbanos desaventajados se movilaron políticamente en Chile tras la dictadura. Con base en 14 meses de trabajo de campo etnográfico entre 2012 y 2024 en dos poblaciones de Santiago, y tras varios años de profundo involucramiento con esas comunidades, Escoffier nos ayuda a responder dos preguntas importantes. Primero, ¿cómo hacen algunas comunidades marginadas para mantener la acción colectiva de lucha durante la transición del autoritarismo a la democracia? Y segundo, ¿por qué algunos barrios presentan una organización política activa y otros no? Para responderlas, Escoffier ofrece una investigación etnográfica de dos barrios urbanos vulnerables con distintas

* Anjuli Fahlberg es profesora asociada del Departamento de Sociología, Tufts University. 5 The Green, Medford, MA, 02155, Estados Unidos. Tel: 617-627-3561. Correo-e: anjuli.fahlberg@tufts.edu. ORCID: 0000-0002-3713-7145.

Recibido el 5 de junio de 2025 y aceptado para su publicación el 9 de agosto de 2025.

trayectorias de movilización social: Lo Hermida, cuyos activistas han lanzado varias campañas de movilización exitosas, y Nuevo Amanecer, que se desmovilizó tras la transición democrática en la década de 1990.

Al igual que muchos otros países latinoamericanos, Chile vivió casi dos décadas de gobierno autoritario bajo Augusto Pinochet que diezmaron los movimientos sociales que habían conseguido un amplio apoyo en las décadas de 1960 y 1970, bajo la influencia de Salvador Allende. El régimen de Pinochet dismanteló los movimientos sociales encarcelando, torturando y matando a los activistas y líderes políticos, prohibiendo elecciones y protestas, censurando a los medios e incluso reescribiendo los libros de historia y cambiando el nombre de barrios y calles. Aunque Chile finalmente regresó a la democracia, muchos de los recuerdos, repertorios de acción y líderes políticos anteriores se habían perdido, lo que dejó a los chilenos en un vacío de liderazgo político de lucha. Quizá no sorprenda darse cuenta de que esto perturbó la capacidad de la mayoría de las comunidades urbanas de Santiago para dirigir movimientos autónomos, lo cual los dejó expuestos a políticas clientelistas jerárquicas y excluyentes que limitaron los recursos de la comunidad y el grado de involucramiento del barrio en protestas prodemocráticas de gran escala.

El libro *Mobilizing at the Urban Margins* entra en este panorama político para presentar una teoría sobre cómo surge la política contenciosa en algunas poblaciones dentro de un contexto más amplio de pasividad política. El texto introduce y analiza la noción de Escoffier de “ciudadanía movilizadora”, un concepto que trasciende las posturas tradicionales sobre formas más pasivas de ciudadanía gobernada por instituciones políticas formales y hace énfasis en identidades y prácticas políticas alternativas, radicales, contenciosas y, a veces, informales. Todo esto se sustenta en trabajos previos que analizan formas “insurgentes” de ciudadanía en los márgenes urbanos, como el de James Holston (2008), Keisha-Khan Perry (2013), Julia Zulver (2022), Ashwin Desai (2002), Liza Weinstein (2014) y Benjamin Bradlow (2024), entre muchos otros. Sin embargo, la contribución singular de la ciudadanía movilizadora es su capacidad para demostrar que las tácticas, discursos, memorias e identidades políticas de lucha, cultivadas en épocas anteriores, pueden sostenerse en contextos políticos diferentes.

En el capítulo 1, Escoffier ofrece un marco teórico útil y con matices de la ciudadanía movilizadora, uno de cuyos rasgos principales es el énfasis en el *protagonismo* o la capacidad de los habitantes urbanos desfavorecidos de convertirse en agentes políticos activos que definen sus propias identidades, metas y relaciones con el Estado. Una manifestación de dicho protagonismo es la práctica de *autogestión*, en la que los habitantes dependen de sí mismos para dirigir (y financiar) las iniciativas colectivas, eludiendo así la dependencia con el Estado para apoyar sus acciones. El capítulo describe los cuatro principales componentes de la ciudadanía movilizadora: la memoria agentiva, la pertenencia movilizadora, los límites de la

movilización y el protagonismo descentralizado. Si bien tales conceptos se ilustran en los capítulos subsiguientes del libro, la relación entre ellos se puede resumir de la siguiente forma: al activar las memorias de las relaciones históricamente opresoras entre las poblaciones y el Estado, los activistas pueden movilizar un sentido de orgullo por pertenecer a la *población* y crear un sentimiento de comunidad entre barrios que han sido excluidos por los actores estatales “formales”, políticos e institucionales. Finalmente, al descentralizar el liderazgo y la toma de decisiones, los activistas crean una estructura organizativa horizontal que le permite a una amplia gama de habitantes involucrarse políticamente. De esta forma, los actores urbanos desaventajados generan agencia política organizada en un contexto de desmovilización democrática.

El siguiente capítulo rastrea los cambios en la apertura democrática y en las tácticas de movilización de las poblaciones chilenas. Inicia con las estrategias organizativas de la democracia representativa chilena de las décadas de 1960 y 1970, cuando las “tomas” u ocupaciones de tierras eran una estrategia común entre los habitantes urbanos excluidos y, en general, estaban apoyadas por los partidos de izquierda. Si bien la dictadura destruyó las formas más radicales de activismo, la organización comunitaria de bases volvió a florecer a finales de la década de 1970 con el apoyo de la Iglesia Católica. Empezaron a surgir varios partidos políticos más o menos radicales, lo que abrió paso a protestas prodemocráticas en los años ochenta. Es cierto que la transición democrática de 1990 trajo consigo una buena dosis de apertura política, sin embargo, la gran desigualdad económica y la exclusión sociopolítica evitaron que los habitantes urbanos desfavorecidos se beneficiaran de tales cambios. Incluso aunque las protestas a gran escala se hayan convertido en una práctica común entre los ciudadanos chilenos en la década de 2000, las comunidades urbanas no privilegiadas se han quedado en gran medida en los márgenes de los movimientos sociales tradicionales.

El capítulo 3 nos explica cómo los márgenes urbanos se convirtieron en sitios de desmovilización, incluso aunque la organización social estuviera floreciendo en otros lados. El capítulo se enfoca en el establecimiento de los partidos políticos e instituciones formales en Nuevo Amanecer tras la dictadura. Escoffier usa el concepto de “capital político” para analizar cómo fue que los líderes comunitarios ganaron legitimidad, apoyo, dinero y poder dentro de comunidades informales. En el caso de Nuevo Amanecer, y de la mayoría de las comunidades urbanas más marginadas, el nuevo gobierno democrático cooptó a los líderes locales y los absorbió en la gestión de infraestructura y desarrollo barrial de los gobiernos locales. Esto creó un sistema clientelista en el que los pobladores encontraron incentivos para ser leales al gobierno y aumentar su propio poder cultivando relaciones estratégicas con los habitantes y funcionarios de gobierno. Este modelo desincentivó la política de lucha y transfirió el poder a las manos de los intermediarios políticos

más efectivos dentro del barrio. Esto finalmente convirtió a los habitantes en sujetos políticos pasivos que competían entre sí por acceder al poder político y a los recursos limitados.

El cuarto capítulo se enfoca en Lo Hermida, donde los habitantes construyeron una memoria colectiva que conecta de manera discursiva las experiencias de los habitantes del barrio bajo la dictadura con los actos de represión vigentes del gobierno democrático. Mientras que el modelo clientelista de Nuevo Amanecer provocó una ruptura entre el pasado y el presente, los activistas de Lo Hermida hicieron énfasis en la continuidad de la represión, en la agencia de los habitantes y en la identidad colectiva de los vecinos. Cabe destacar que esta táctica estuvo encabezada por miembros del Partido Comunista y otros grupos políticos de izquierda radical que se infiltraron en Lo Hermida en la década de 1980, después de que un gran flujo de afiliados al partido condujera a la creación de cocinas comunitarias donde el barrio podía organizarse y los activistas podían diseminar mensajes políticos subversivos. Los líderes políticos radicales cambiaron el nombre de calles y plazas por nombres de personas que fueron asesinadas por la dictadura, erigieron monumentos y estatuas e introdujeron discursos de resistencia que los habitantes siguieron utilizando en las décadas posteriores.

El capítulo 5 sigue centrado en Lo Hermida y relata cómo los activistas locales construyeron una identidad subversiva enfocándose en las diferencias entre lo formal y lo informal. Lo “formal” designa aquellas instituciones, prácticas y valores asociados con el gobierno, las instituciones, las élites, la policía y los partidos políticos formales, a quienes conciben como un “conjunto de entidades distantes y ajenas diseñadas para minar [a los pobladores]” (150). Por su parte, lo “informal” designa a “la calle”, o las prácticas y valores alternativos de las comunidades urbanas excluidas. También incluye las prácticas políticas organizativas no institucionales, así como las representaciones populares de arte y cultura, los arreglos familiares no tradicionales, el lenguaje local y las prácticas económicas informales. Al representar al Estado y los espacios institucionales formales como el “otro” represor, los activistas de Lo Hermida producen un fuerte sentido del “nosotros” y el “ellos” que alienta las acciones contenciosas y rechaza las prácticas políticas clientelistas.

El sexto capítulo se basa en la tipología de Gamson de los actos micromovilizadores para analizar la horizontalidad y la descentralización que hay entre los activistas de Lo Hermida, lo cual permite transferir conocimiento, identidad y agencia a los pobladores de generación en generación. La transmisión de una “identidad movilizadora” ocurre de varias formas, como cuando las generaciones más viejas organizan eventos recreativos para crear relaciones con niños y adolescentes, compartir anécdotas sobre la represión estatal y la colaboración comunitaria, motivar la participación en eventos a través de la empatía y denunciar la represión de las interacciones con los agentes estatales. Al diseminar las narrativas y la agencia entre los

pobladores, los activistas legitiman a los habitantes como agentes significativos del cambio social cuya capacidad para el liderazgo no depende del apoyo estatal.

La rica combinación de trabajo de campo y reflexiones teóricas de Escoffier nos ayuda a entender mejor las condiciones que estructuran los distintos resultados políticos en barrios urbanos de bajos recursos y los métodos de supervivencia de la movilización en los regímenes posdictatoriales. También lanza una serie de preguntas esenciales sobre sus hallazgos que nos ayudan a comprender otros espacios urbanos marginados.

Un tema que sobresale en el libro es la importancia de los partidos políticos para sentar gran parte de las bases que determinan el tipo de modelos de gobierno y de movilización que surgen en los barrios. Por un lado, los partidos más moderados que ganaron influencia en Nuevo Amanecer ayudaron a construir un modelo de gobierno basado en el clientelismo; por el otro, la fuerte presencia del Partido Comunista en Lo Hermida desde la década de 1980 fue crucial para generar narrativas más subversivas y prácticas comunitarias. ¿De qué forma los pobladores pueden separar sus propias políticas e intereses de las de los partidos políticos, sobre todo en el caso de Lo Hermida? ¿Cuáles serían los límites o costos de estar tan alineados con el Partido Comunista? ¿Podría haber tensiones entre los intereses de los pobladores y los partidos políticos con los que se afilian, aunque sus políticas se alineen en teoría?

En relación con lo anterior, la segunda pregunta que suscita el libro gira en torno a los costos de la política contenciosa. Si bien hay claros beneficios al crear y preservar una fuerte identidad local, valorar las prácticas informales locales, rechazar el maltrato policial y producir un sistema de gobierno más horizontal, ¿cuáles son los posibles retos? Por ejemplo, el libro menciona que algunos formuladores de políticas públicas tuvieron dificultades para trabajar de forma colaborativa con los activistas de Lo Hermida. ¿Acaso esto limitó aún más los recursos y el financiamiento por parte del Estado para satisfacer las necesidades del barrio? ¿Es más probable que el Estado deje de financiar los sitios contenciosos y se concentre en barrios más cooperativos (y clientelares)? Dadas las posibles consecuencias, ¿podrían los habitantes de algunas comunidades adoptar estratégicamente una mezcla de ambos modelos, que incluya política de lucha en los momentos de agresión estatal, pero también una buena dosis de relaciones colaborativas con el gobierno local para facilitar la reforma y las mejoras locales?

Finalmente, aunque el libro mencione brevemente la presencia de pandillas en algunos barrios no privilegiados de Chile, la expansión de pandillas criminales se ha convertido en un rasgo característico de muchas de las grandes ciudades latinoamericanas, como Caracas, Bogotá, Medellín, Guayaquil, Tegucigalpa, Tijuana, San Salvador, Rio de Janeiro, São Paulo, entre muchas otras. En consecuencia, la violencia y la represión política de las pandillas y otros grupos armados organizados es parte significativa de la nueva realidad urbana y una barrera más para que los habitantes

urbanos desaventajados se organicen políticamente. ¿Cómo podrían los habitantes adaptar las estrategias de movilización en tales condiciones? ¿Podríamos esperar un giro aún mayor hacia el clientelismo en dichos contextos, o existen condiciones o estrategias que podrían fortalecer la capacidad de los pobladores para organizarse de forma más horizontal, contenciosa y antiinstitucional en los barrios controlados por pandillas? Además, ¿qué tipos de relaciones podrían desencadenarse entre activistas, actores estatales y líderes pandilleros en esos espacios?

Mobilizing at the Margins ofrece un marco crítico para lidiar con las grandes diferencias de organización política entre barrios y con la forma de mantener y expandir los repertorios de acciones de lucha entre las diferentes eras políticas. Conforme la autocracia va aumentando su fuerza en Latinoamérica y el mundo, necesitamos más que nunca entender cómo mantener y fortalecer la movilización colectiva de lucha y reconocer el papel que pueden desempeñar los márgenes urbanos para proteger los derechos democráticos. Este libro nos recuerda que, incluso al enfrentarse a tantas barreras traslapadas, los habitantes urbanos marginados pueden seguir siendo agentes políticos activos para proteger a sus comunidades y organizar a la sociedad civil. 

REFERENCIAS

- Bradlow, Benjamin H. (2024), *Urban Power: Democracy and Inequality in São Paulo and Johannesburg*, Princeton, Princeton University Press.
- Desai, Ashwin (2002), *We Are the Poors: Community Struggles in Post-Apartheid South Africa*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Holston, James (2008), *Insurgent Citizenship: Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil*, Princeton, Princeton University Press.
- Perry, Keisha-Khan Y. (2013), *Black Women Against the Land Grab: The Fight for Racial Justice in Brazil*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Weinstein, Liza (2014), *The Durable Slum: Dharavi and the Right to Stay Put in Globalizing Mumbai*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Zulver, Julia Margaret (2022), *High-Risk Feminism in Colombia: Women's Mobilization in Violent Contexts*, New Brunswick, Rutgers University Press.